

## **El sacerdote, don de Dios para el mundo**

### **Día del Seminario, 2011 Carta a todos los diocesanos**

Hermanos y hermanas:

Jesús es nuestro Salvador. Él dio sentido y valor a la vida humana, derramando su sangre por nosotros en la Cruz. Él sigue haciendo presente a Dios Padre en el mundo. Cuando apenas se percibe a Dios, “la vida queda vacía...”

Su sangre redentora, que sana, cura y eleva, llega a los poros heridos de los hermanos por medio del ministerio sacerdotal o sacerdocio ministerial, que tanto vale una fórmula como la otra. Ha querido el Señor contar con seres de pobre condición humana –somos así los mortales- para que actuemos en su nombre, ofreciendo su Palabra, su Eucaristía –presencia suya continuada y permanente en el mundo-, con la garantía y seguridad de caminar todos debidamente orientados. Por eso el sacerdocio sigue siendo necesario. Con nuestra entregada –no es un servicio más o menos largo el que se nos pide, sino un servicio de por vida- ofrecemos a los hermanos, a cada uno en particular, la luz de Dios que orienta e ilumina los pasos de todos.

Este es, en pocas palabras, el don y misterio que, por iniciativa del Maestro, arranca de él mismo como llamada y facilita, con la libertad de respuesta en los llamados, un encuentro de por vida. Tras el “encariñamiento del corazón”, así hablaba el Siervo de Dios Juan Pablo II en la carta *Novo Millennio Ineunte* (33), viene la imposición de manos del obispo sobre los candidatos. El sacramento del orden capacita a miles y miles de hombres para prestar este servicio sacerdotal en el mundo entero.

La oración que en estos días de Campaña pro Seminario venimos recitando, individualmente o en grupos pequeños y parroquiales, nos ayuda a caer en la cuenta de que

- La vocación al ministerio sacerdotal es, ante todo, un regalo de Dios, nunca una conquista nuestra,
- que hemos de pedir este favor con devoción, confianza e insistencia,
- que las familias cristianas siguen siendo el campo fértil donde puede germinar y dar fruto esta semilla,
- que la tarea de los catequistas y educadores lo mismo que la acción educativa de los formadores en el Seminario, sigue siendo necesaria para dar el paso,-

- quizá hoy más que nunca-, y que necesita la bendición de Dios para lograr verdaderos cenáculos “donde el encuentro contigo, Jesús, ayude a cada seminarista a configurar su corazón, de Buen Pastor, con el tuyo”.

Guiados de la mano de Santa María, nuestros jóvenes seminaristas serán muy pronto, lo mismo que son hoy los sacerdotes, “gloria de la Iglesia y verdadero don para el mundo”.

No nos cansemos, por tanto, de pedir a Dios, nuestro Padre, esta gracia singular. Es para cada uno en particular, sí, pero también para toda la Diócesis, cada día más poblada y más necesitada, por lo mismo, de más sacerdotes.

Hoy como siempre, podemos lograrlo si, si con la propia vida entonamos juntos un canto de alabanza al buen Dios, Padre misericordioso. Con la voz, explicaba san Agustín, con el corazón, con los labios, con las costumbres<sup>1</sup>. Y repito, con la oración confiada y con la ayuda económica que podamos ofrecer al Seminario. Nuestro pensamiento ya es un clamor al Señor. “Una sola oración de la persona obediente es escuchada antes que diez mil del hombre que desprecia”<sup>2</sup>.

Tengamos a la vista, si os parece, algunas consideraciones del maestro san Juan de Ávila, que han sido eficaces a lo largo de siglos:

Antes se acabará el agua del mar y la luz del sol que se acabe la misericordia del Señor con el pecador arrepentido.

La peor bofetada que se le da a Jesucristo es no tener confianza en su misericordia.

No hagas cosa que primero no la encomiendes a Dios, pues va tanto en ello, acertar o errar.

Más imprime una palabra después de haber estado en oración, que diez sin ella.

Si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes que amargamente llorasen de ver muertos a sus espirituales hijos, el Señor que es misericordioso, le diría lo que a la viuda de Naín: No quieras llorar. Y les daría resucitadas las almas de los pecadores, como a la otra le dio a su hijo vivo en el cuerpo.

Quizá esté aquí el secreto de nuestra aspiración nobilísima y de nuestro empeño y nuestro logro. Contamos este curso con 52 alumnos diocesanos en el Seminario de Orihuela y en el Teologado de Alicante. ¿Lograremos tener cien en el curso próximo? ¡Dios lo quiera! Antes de que llegue ese momento, viviremos la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid y el encuentro con el Papa. Acontecimiento de gracia y hontanar fecundo de vocaciones.

En la reciente audiencia a la Fraternidad Sacerdotal de san Carlos Borromeo, nuestro querido Papa Benedicto XVI ha asegurado:

---

<sup>1</sup> SAN AGUSTÍN, *Sermón* 34, 6.

<sup>2</sup> Ib. *Del trabajo de los monjes* 17, 20.

“La presencia de vocaciones sacerdotales es un signo seguro de la verdad y de la vitalidad de una comunidad cristiana. Dios, en efecto, llama siempre, también al sacerdocio; no existe crecimiento verdadero y fecundo en la Iglesia sin una auténtica presencia sacerdotal que lo sostenga y lo alimente. Por eso, estoy agradecido a todos aquellos que dedican sus energías a la formación de los sacerdotes y a la reforma de la vida sacerdotal. En efecto, como toda la Iglesia, también el sacerdocio necesita renovarse continuamente, encontrar de nuevo en la vida de Jesús las formas más esenciales de su ser (8.2.2011)”<sup>3</sup>.

Sigamos rezando juntos, hermanos y hermanas, mayores, jóvenes y pequeños, y hagamos todos cuanto esté en nuestra parte para conseguir lo que el Santo Padre explica y anhela.

Muy sinceramente y afectísimo siempre,

+ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela-Alicante

---

<sup>3</sup> L'OSSERVATORE ROMANO, 20 F, p.3